

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

LA TRAGEDIA DE ALBERTO EDWARDS

ALBERTO Edwards, hombre de gran relieve intelectual, cultísimo, historiador, escritor de novelas policiales, uno de los individuos más interesantes de su generación, ha muerto. Después de su muerte, sus *Recuerdos*, publicados hace poco, causan sensación. Tomó parte en varios de los Ministerios de Ibáñez. Seguramente, si sus *Recuerdos* hubieran sido escritos desde un punto de vista crítico, no meramente narrativo, es decir, si hubiera sido un historiador alejado de los sucesos que narra y no parte interesada en ellos, su trabajo tendría un interés enorme, ya que Alberto Edwards poseía, por lo menos en el terreno intelectual, un espíritu crítico de primer orden. Siendo parte interesada («metido, sin darme cuenta, en una terrible aventura»), se guardó lo mejor: el concepto íntimo que tenía de todos los que actuaban a su lado. Sin embargo, así como están, sus *Recuerdos* son valiosos. Son el «mea culpa» de una vida mental que construyó, a base de abstracciones históricas y filosóficas, un concepto de gobierno que fué destruído brutalmente por la realidad circundante.

Conocido fué por muchos el concepto de gobierno que tenía Alberto Edwards, concepto que le valió entre sus amigos y conocidos la denominación de «El Pelucón». Este concepto de gobierno fué robustecido por la lectura de dos obras, principalmente: la de Houston Stewart Chamberlain, *Fundamentos del siglo XIX*, y la de Spengler, *Decadencia de Occidente*. La esencia de este concepto de gobierno, en su parte que diríamos doctrinaria, está expuesta en la página 301 de su libro *La fronda aristocrática en Chile*:

La disciplina religiosa, el hábito tradicional de la obediencia, el sometimiento espontáneo a las jerarquías, son fenómenos pre-burgueses y existen, con mayor o menor fuerza, en todas las civilizaciones y en todos los tiempos. Su decadencia y muerte, han señalado siempre la hora de la disolución final, o el advenimiento de las monarquías absolutas sin forma, fundadas sólo en el hecho. Porque la sociedad, para subsistir, necesita de cadenas, espirituales o materiales. La libertad y lo orgánico, son términos incompatibles.

En este concepto de gobierno, inflexible, no cabía el sentido del equilibrio humano entre lo gobernado y lo que gobierna; su teoría excluía automáticamente la conciencia de los gobernados y hablaba del pueblo y del gobierno como de dos entidades abstractas, casi matemáticas, sin realidad patente. No existía para él el sentimiento jurídico en los pueblos, sentimiento que los regímenes democráticos, por medio de su legislación teórica, han infiltrado hasta en las capas más bajas de la sociedad moderna, e ignoraba los complejos de igualdad y de autovaloración social, complejos que el sistema capitalista ha hecho crecer hasta constituirlos en la amenaza de su existencia. Desconociendo todo esto, hablaba del gobierno y del pueblo como si ambos estuviesen formados por seres ideales o como si la sociedad moderna pudiese retroceder, cronológica y orgánicamente, al tiempo del artesanado, a la Edad Media, a la era pre-capitalista o pre-industrial, donde, como dice Waldo Frank, existió la unidad espiritual que hizo posible una época histórica perfecta en su desarrollo. En nuestra época no existe aquélla unidad espiritual; se ha perdido, y es fútil querer implantar un gobierno sobre una base que no existe.

Siguiendo su teoría, Alberto Edwards encontraba que el mejor gobernante de Chile había sido don Diego Portales, quien, llevado por sus principios y no por el azar, como pretendían algunos publicistas, instauró en Chile un régimen de verdadero gobierno

La obra de Portales fué la restauración de un hecho y un sentimiento, que habían servido de base al orden público, durante la paz octaviana de los tres siglos de la colonia: el hecho, era la existencia de un Poder fuerte y duradero, superior al prestigio de un caudillo o a la fuerza de una facción; el sentimiento, era el respeto tradicional por la autoridad en *abstracto* (subrayado en el original), por el Poder legítimamente establecido con independencia de quienes los ejercían. Su idea era nueva de puro vieja: lo que hizo fué restaurar material y moralmente la monarquía, no en su principio dinástico, que ello habría sido ridículo e imposible, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones. (*La fronda aristocrática en Chile*, páginas 42-43).

Pero Alberto Edwards olvidó que la paz octaviana de la colonia fué posible, mientras no apareció el sentimiento de inde-

pendencia nacional; cuando éste apareció, la paz octaviana, basada sobre todo en la ausencia de aquel sentimiento, desapareció. A la presencia del nuevo sentimiento, que en la vida republicana era ya inútil, sucedió otro: el sentimiento de la libertad civil. Era, más que nada, una transformación lógica. Y si durante algún tiempo Portales pudo subsistir, gracias principalmente a su gobierno de fuerza, no lo pudo cuando aquel sentimiento, agudizado por las persecuciones políticas, hizo crisis. Su gobierno y su vida terminaron trágicamente.

¿Que de extraño tiene que, ostentando don Alberto Edwards tales ideas, al sobrevenir el gobierno de Ibáñez, que en un principio apareció como fuerte y justo, encontrara en él no sólo un ardiente partidario sino también un entusiasta cooperador? Su libro *La fronda aristocrática en Chile* ostenta, en la página siguiente a la portada, un retrato del *Excmo. Señor General D. Carlos Ibáñez del Campo (1927-1933)*. Y en la página última dice:

Los acontecimientos que se han desarrollado en Chile desde Septiembre de 1924, nos han conducido, como por la mano, a evitar tales escollos. Ellos han colocado a la cabeza de la República a un hombre fuerte y justo, de espíritu recto, de sanas intenciones, no enfeudado a partido alguno, y que, además, *mejor que nadie* (subrayado en el original), garantiza lo que para el país es ahora esencial: la permanencia de una autoridad «normalmente» obedecida y respetada. Sólo llegaríamos a estimar en su verdadero valor todo lo que esto significa, si por desgracia llegásemos a perderlo. Entonces los que desean restauraciones parlamentarias imposibles, o añoran viejas dominaciones condenadas en las almas, o sueñan con éstos o aquéllos regímenes jurídicos, vendrían a darse tardía cuenta de la vanidad de sus ideologías y de la inconsistencia de sus ilusiones.

Puede que esos individuos se den tardía cuenta de la vanidad de sus ideologías y de la inconsistencia de sus ilusiones, pero esa tardía cuenta ¿será más triste que la que sufrió Alberto Edwards? Es difícil. Los párrafos anteriormente transcritos fueron escritos en 1928; en sus *Recuerdos* dice:

El general Charpin y yo no pudimos contener nuestra impaciencia. ¿Estaría aún el Presidente pensando en soluciones financieras? . . . El general Charpin dejó oír alguna expresión manifestando la inquietud que le causaba el carácter fluctuante e indeciso del señor Ibáñez. Yo hice lo mismo en voz más alta de lo que el caso aconsejaba. . . (*Memorándum. Recuerdos personales sobre los sucesos que ocasionaron el derrumbe de la Administración Ibáñez. El Mercurio*, 10 de Abril de 1932).

En el espacio de tiempo transcurrido desde el instante en que redactó los párrafos de la última página de su libro, hasta aquel

en que escribió sus *Recuerdos*, ¿qué sucedió? Sucedió lo que he querido llamar la tragedia de Alberto Edwards, tragedia que él se llevó consigo y que yo no pretendo desentrañar en lo que tiene de anecdótico, sino en lo que tiene de espíritu. Lo cierto es que Alberto Edwards fué a Ibáñez llevado por sus conceptos filosóficos e históricos, por sus ideas de gobierno, por el afán de contribuir generosamente a la implantación de un régimen que, no siendo exactamente el que soñaba, pues con toda seguridad existía profunda diferencia entre lo que forjaba su imaginación sentimental y lo que la realidad vernácula le ofrecía, era, en cambio, lo mejor que, en su pensar, podía suceder. Además, ¿quién sabe? Las posibilidades eran muchas. Y el historiador se decidió.

Pero se encontró con que *gobernar* era muy distinto de *escribir*.

La historia, decía él, es la crónica vista al través del temperamento y las creencias de quien la escribe. (*La fronda aristocrática en Chile*, página 6).

Pero, si se podía escribir como historiador, no se podía en cambio vivir como tal; había que vivir como hombre y entre hombres. Escribiendo, vive uno en un terreno ideal; los individuos históricos puede uno manejarlos como quiera, hacerse de ellos el concepto que a su temperamento y a sus creencias convengan, insuflarles nuestra propia espiritualidad, darles nuestras creencias y hasta nuestro temperamento; no protestarán. Pero no sucede lo mismo cuando se trata de animales humanos vivos; éstos no quieren saber nada con nuestro temperamento ni con nuestras creencias, sus ambiciones o sus necesidades excluyen toda unidad espiritual con nosotros, se resisten a nuestras directivas, las discuten, las impugnan, tienen otro cerebro, otro sistema nervioso, otra psicología, una psicología viva, otras ideas, otro todo. No se puede hacer con ellos lo que con las imágenes abstractas de los seres desaparecidos.

Y así, casi al final de su vida,

de una vida que, sin falsa modestia puedo decirlo, no ofrece en cincuenta y siete años de muy variadas actividades, ni la sombra de la sombra de una mancha (Memorándum citado).

Alberto Edwards descubrió una realidad que ignoraba: la realidad de lo que vive y actúa. Descubrió, además, que aparte de las fórmulas abstractas de gobierno y pueblo, existía un *pelambri* omnipotente, que levantaba y hundía ministros de Hacienda; descubrió que, aunque él no estuviese siempre en am-

biente, en el ambiente sucedían acontecimientos que estaban fuera de lo abstracto y de lo histórico cristalizado; descubrió también que la sangre existía (*¡Había corrido sangre!*) y que era un elemento que, no existiendo como entidad filosófica, existía en cambio como elemento humano psicológico y fisiológico, como factor decisivo en la historia de los países y sus gobiernos. Descubrió, finalmente, que existía la muerte y que esa muerte produce terror cuando se debe a un asesinato.

En efecto, a esa hora llegó la horrible noticia de la muerte del joven Zañartu. (Id.).

Todo esto se fué revelando ante su mirada y ante su espíritu, hasta colmarlo. Su única idea fué entonces terminar, retirarse, pero no podía hacerlo.

Me había metido, sin darme cuenta, en una terrible aventura, de la cual no podría salir sin que mi actitud fuese interpretada como una cobarde defección. Ningún hombre digno de llevar pantalones dejará de comprenderme. (Id.).

Pero los acontecimientos se precipitaron y Alberto Edwards pudo irse.

Por de pronto, nada tenía que hacer allí. Era la una y tenía gente a almorzar en casa. (Id.).

La terrible aventura había terminado. Iba tranquilo, aunque deshecho.—M A N U E L R O J A S .

BRIAND, A GRANDES Y PEQUEÑOS RASGOS

ARISTIDES Briand ha muerto a los setenta años. Su carrera política y su camino por la vida son dignos de ser fijados en la novela, no sólo en la historia. Hijo del dueño de un pequeño hotel y de una señora tan modesta como su marido, obtuvo una beca en el Colegio de Saint-Nazaire, primero, y luego otro en el Liceo de Nantes, gracias a su talento. No a su aplicación, pues fué siempre flojo. Es decir, confiaba excesivamente en sus condiciones. Descuidaba el aprendizaje, pero aventajaba a todos los compañeros cuando se empeñaba. Y como era vanidoso, tomaba impulso a última hora y rara vez no fué el primero en cada uno de sus cursos. Julio Verne, que conoció a Briand cuando éste era niño, trazó del